

MARIA, LA MUJER

Hablar de la otra orilla de la existencia sin poder abandonar la propia es un mero ejercicio de antropología cristológica. ¿Por qué? Porque sólo quien llega hasta Cristo (resurrección) puede transnder toda orilla y, como el creador en el séptimo día, descansar ante la obra ultimada.

En Cristo el varón y la hembra han sido transcendidos () pero los que, como el ciego () seguimos en el camino necesitamos de “la otra visión” para trascender la propia.

Hombre y mujer, mujer y hombre viendo cada cual por los ojos del otro, trascienden su propia orilla y nacen a una nueva antropología que en cristiano nos hace exclamar: “Cuando dos o más ... () Cristo siempre se encuentra en la plenitud de las posibilidades humanas . Y allí sólo Él y Él con toda la humanidad en Dios.

Ciclo o eón al que no hemos llegado los que aún continuamos ascendiendo hasta el Gólgota. Por esta razón cuando oteamos, intuimos, y en excepcionales ocasiones alcanzamos la otra orilla, sentimos como Zacarías ante el Santo de los Santos () que la palabra enmudece en nuestros labios y que la vida (que es Dios) se presenta desde los orígenes en el silencio y en el vacío de la orilla con la que pretendemos fusionarnos.

Cuando Zacarías intuyó esta verdad enmudeció y comprendió que ella (Isabel) siempre tendría su propio “valor” aún a pesar de la edad. Asumir esta verdad es trascender la propia realidad. ¿Cuál? !La edad de Isabel! Juan el Bautista es el eslabón que une a los que trascendiendo la edad, el tiempo, se encuentra con la eternidad.

Todo ultima en el sonoro silencio de Zacarías cuando, llegando a la otra orilla, cree que todo es posible en la “callada y vacía” antropología que se le muestra, por primera vez, eternamente juvenil, si el confía y sabe entregar a Isabel la palabra y plenitud recientemente adquiridas.

Zacarías en el silencio entrega a Isabel la palabra... ella la recibe amorosamente y en “el vacío” de sus entrañas retoña la vida: Ella le dará un hijo al que pondrán por nombre Juan.

Isabel es la otra orilla del sacerdote de Yahvé como Zacarías es la orilla opuesta de Isabel. Cuando las dos orillas comienzan a trascenderse, el tiempo pierde su fuerza y se debilita su poder. !La edad, que es tiempo, no es impedimento para amar!. Y siempre que hay amor, brota la vida: !Juan! Quien ama siempre ha de estar dispuesto a recibir el milagro del amor.

Juan el Bautista es la objetivación de esta fuerza interior, la palabra, la voz que brota en el callado desierto de cada soledad (), la manifestación de la vida que hinundó a Zacarías en el Santo de los Santos. En el amor, que es Dios, nunca habrá

edad. El tiempo desaparece ante la eternidad. Zacarías enmudece ante el amor que callado y vacío le muestra como siempre, desde la otra orilla, Isabel.

Isabel es la última mujer de la antigua economía. La madre del hombre más grande nacido de mujer. Quien asumen este misterio está preparado para entender la nueva economía aunque no la comprenda. La paradoja del amor que tuvo que aprehender Zacarías es que el amor, que es divino, lejos de divinizar, humaniza y es precisamente en esta humanidad que le brinda Isabel, en este anonadamiento, donde surge milagrosamente eso que llamamos el Ser (Yhavé).

Isabel ha mostrado a la luz al hombre más grande nacido de mujer. ¿Puede darse milagro mayor?. Sí. María está en su callado silencio esperando el milagro de los milagros. Dios siempre está en el horizonte de las posibilidades humanas. Ahora quien haya vivenciado la experiencia interior de Isabel y Zacarías está preparado para recorrer junto a María el camino de la humanidad querido por Dios desde los orígenes.

María como Zacarías, enmudece ante la majestad que se le va presentando día a día. Ella, en su silencio va a dejar que Dios actúe. Así los evangelios insinúan más que dicen el auténtico obrar de la primera cristiana de la historia. Ella se inunda del Cristo. Así el río de su humana experiencia, trasciende toda posible orilla y se convierte en la primera cristiana del devenir humano que, objetivamente hablando, entrega la humanidad más divina posible.

Cristo se objetiviza en ella. Se encarna en su humanidad y el antiguo paradigma se relee con nueva visión. Ahora los hijos de esta nueva humanidad, de este nuevo testamento son “superiores” a los nacidos según el milagro de Isabel, según la antigua economía. ().

Antiguo y nuevo paradigma que nuevamente ha de ser releído si queremos, como cristianos, actualizar en nuestro devenir al Cristo de todos los tiempos. Al Cristo que se presenta, como en el evangelio, en la plenitud de cada tiempo. María plenificó el suyo desde su seno de mujer. María parió su realidad transformándola en verdad eterna. Aprehender esta verdad es reencarnarla y actualizar el eterno y único paradigma de la humanidad: Dios.

La Palabra

La introducción que hemos realizado nos marca el desarrollo que deseamos proponer. Juan el Bautista es la síntesis del Antiguo Testamento. Los textos evangélicos nos muestran que él es la tesis y Jesús la antítesis. Juan, siendo el hombre más grande nacido de mujer, es apenas nada comparado con Jesús. Ahora bien, ¿acaso Jesús no nació de María?.

La respuesta al interrogante nos haría presuponer que si Jesús es más grande que Juan, aquél no ha podido nacer de mujer. Verdad es que Cristo no ha nacido ni de hombre ni de mujer, Cristo es de Dios. Gran misterio éste, que trasciende el tiempo y que se aprehende en los atisbos de rumorero de infinito que nos invaden en el tiempo que transcurre entre la muerte y la resurrección de cada devenir.

Tesis y antítesis. En Cristo proponemos al lector una síntesis tomando como vehículo a María. Ella es la primera cristiana que trasciende el antiguo paradigma. ¿Cómo?. Nuestra hipótesis pretende dar respuesta y en ella alcanzar la síntesis.

El díptico que propone Lucas mostrándonos a Juan y a Jesús, es decir a la antigua y a la nueva economía para resaltar la figura del segundo es suficientemente conocido. Lucas presenta a Jesús como el Cristo en quien se realiza toda la expectación del Antiguo Testamento.

Ahora bien, la depurada teología de los evangelios de la infancia, a nuestro entender, trasciende a su vez esta lectura. Mateo indica en su genealogía que Jesús es el llamado Cristo (1, 16). Este simple sintagma trasciende el acontecer de la humanidad. Efectivamente la propia genealogía de Mateo merece todo un tratado de historia antigua.

Es sabido que Mateo retrotrae la genealogía de Jesús, el llamado Cristo (este atributo es personal y sólo puede revelarlo el Padre): *“Díceles él: Y vosotros quien decís que soy yo? Simón Pedro contestó: Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás , porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre , sino mi Padre que está en los cielos”* (Mt 16, 15-17), hasta Abraham.

Desde Abraham a Jesús ha transcurrido la antigua economía, ahora hay que trascender todo lo que sucede para alcanzar al Cristo, que nace de María. El texto mateo dice: *“... y Jacob engendró a José. el esposo de María de la que nació Jesús, llamado Cristo”* (1,16).

Mateo expone su genealogía con el fin de que sea trascendida por el lector. Esta trascendencia es tan sutil que pasa inadvertida para los que siglos después tratamos de penetrar las páginas evangélicas, Creemos que únicamente en armonía con la vivencia crística podemos llegar a intuir lo que la palabra nunca podrá expresar.

Lucas trasciende esta misma genealogía de una forma más directa *“Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era según se creía hijo de José...hijo de Adán, hijo de Dios”* (Lc 3,23-38). Toda la humanidad tiene una filiación divina desde Adán. Para Lucas el dilema está en que la humanidad no ha aprehendido esta verdad, verdad que Jesús hace suya volviendo a revelar lo que estaba oculto por el pecado desde los orígenes.

Desde los orígenes la palabra ha ido modelando a la humanidad, palabra que hay que trascender en la plenitud de los tiempos. Las genealogías aquí citadas presuponen esta plenitud. Nuestra tesis desea mostrar como Cristo es la plena trascendencia de la palabra y ¿quién trasciende “en” su humanidad esta palabra? María.

El Antiguo Testamento es el paradigma de la palabra. Desde la creación que escucha el decir de Yahve y... *“Dijo Dios”* (Gn 1,3) toda la antigua economía está inmersa en la palabra. Abraham, asimismo, inicia la promesa donde se convierte en palabra de Yahvé... *“Yahvé dijo a Abraham”* (Gn 12,1). Tras la escucha del patriarca se hace realidad la palabra recibida. Toda la palabra se convierte en vida. La vida es una

pura promesa y la promesa se torna en alianza cuando Moisés ante la zarza ardiendo escucha el decir de Dios (Ex 3, 1-6).

El Antiguo Testamento va jalonando su historia hasta llegar al profetismo. Allí son los hombres de la palabra los que instruyen al pueblo una y otra vez. Quien escucha vuelve a los orígenes. La vocación del profeta consiste en estar siempre al servicio de la palabra: “*Entonces me fue dirigida la palabra de Yahvé en estos términos...*” (Jer 1,4).

Cuando el profeta calla, nace la apocalíptica judía, ella con Joel informa al pueblo que en la nueva era se volverá a profetizar: “*Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán...*” (3,1).

...Y llegada la plenitud de los tiempos, la palabra se hace carne. El instante en el que la palabra se encarna, aparece María. El evangelista Lucas nos informa que el antiguo paradigma está llegando a su fin. Desde Adán, en cuanto hijo de Dios (Lc 3, 38), hasta Zacarías la palabra se ha enseñoreado en la historia. Ella ha hecho posible su devenir. Ahora es el sacerdote Zacarías quien comprueba que su petición ha sido escuchada. (Lc 1,13).

Nada se nos dice de lo que pide, sin embargo se escucha la respuesta en el nacimiento de Juan el Bautista. El último hombre de la palabra. La palabra es aquí voz que clama. Pero entre el clamor del padre y la voz del hijo algo ha sucedido. ¿Qué?. La respuesta, como la voz del Bautista hay que reencontrarla en el desierto de cada soledad (3, 4).

La voz del Bautista se escucha en cada desierto. Lucas nos prepara para lo que va a suceder. Es necesario que la palabra enmudezca. Así, Zacarías, el sacerdote de la palabra, el que recoge toda la verdad del antiguo paradigma, enmudece. ¡La palabra, enmudece!: “*Mira, te vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas...*” (Lc 1,20).

La historia de la palabra, enmudece para que los sordos puedan oír. Lucas nos sitúa ante el misterio. Un misterio que trasciende a la palabra y que al encarnarse se plenifica en el auténtico hijo querido por Dios desde los orígenes.

Zacarías enmudece hasta que sucedan estas cosas. ¿Por qué?. Porque estas cosas se van a poder revelar, no ya en la palabra, sino en el silencio.

El silencio

Después de haber asumido en el silencio el misterio en el que nace el nuevo paradigma, la palabra, el verbo, se hace carne. Carne que religa la antigua y la nueva economía y nos permite reactualizar la palabra, gracias al Espíritu. Cristo es la plenitud de la Palabra. Y esa Palabra brota del silencio de una mujer: María.

María es la antítesis de la palabra. Ella es la plenitud del silencio. Todo su acontecer refleja el sentir femenino desde la interioridad. Si el Antiguo Testamento culmina con la palabra enmudecida de Zacarías y posteriormente revivida en el Bautista para proclamar dónde se encuentra la verdad (desierto, soledad), el Nuevo Testamento

se inicia en esa soledad, en ese desierto del alma de una mujer que en su silencio exclama: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra”* (Lc 1, 38).

En María se recapitula toda la historia del pueblo de Israel. *“Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre...”* (Lc1,26). Nuevamente, como en los orígenes vuelve en el dígito sexto a recrearse la humanidad: *“Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen...Y atardeció y amaneció: día sexto”* (Gn 1, 26-31).

Ahora es al sexto mes de todo lo acontecido en la antigua economía que, nuevamente, y de forma virginal como en los orígenes, Dios va a recrear el universo. El antiguo devenir ha quedado mudo ante lo que va a suceder. Se impone una religión del pasado para aprehender en el silencio de María y con María la nueva y eterna religión que está germinándose en su interioridad.

1.-María ante el evangelista Lucas

Lucas nos ha introducido a través de Zacarías en el silencio de María. Ahora deseamos meditar teológicamente en dicho misterio para alcanzar el nacimiento de la nueva humanidad que allí se está revelando.

El evangelista Lucas compuso tanto su evangelio como el libro de Hechos de los Apóstoles en una sola obra que podríamos denominar *“Historia de los orígenes del Cristianismo”*. Cuando el naciente cristianismo se propuso disponer de cuatro evangelios en un mismo códice, separó los textos tal y como los conocemos. Esta Historia de los orígenes del Cristianismo se estima escrita por Lucas en los años 70 de nuestra era.

Es interesante al respecto recordar aquí, que los dos primeros capítulos del evangelio de Lucas, conocidos como los evangelios de la infancia, fueron escritos posteriormente a esta llamada *“Historia de los orígenes del Cristianismo”*. De ahí que para comprender algunas de las afirmaciones teológicas de los dos primeros capítulos del evangelio lucano, precisamos comprender la historia que nos presentan los capítulos posteriores que, de hecho, fueron escritos con anterioridad.

La exégesis bíblica reconoce que los dos primeros capítulos de Lucas como los de Mateo, ambos conocidos como los evangelios de la infancia, contienen la teología más depuradas de los textos del Nuevo Testamento. Y ello es lógico, fueron escritos cuando ya circulaban los evangelios propiamente dichos y añadidos al principio de los textos de Mateo y Lucas.

¿Por qué estimamos importante recalcar este dato? Porque las semejanzas entre el evangelio de la infancia de Lucas y el resto de los dos escritos han de ser observadas partiendo de estos últimos para culminar en los dos primeros capítulos, es decir, la clave para comprender el principio del evangelio de Lucas, se encuentra en el final.

Lucas cree en el resucitado porque ha experimentado en su propia carne, la fuerza del Espíritu, tal y como la recibieron los testigos oculares de los hechos. Ahora y tal como expresa en el prólogo de su obra *“...He decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden...”* (Lc 1,

3). Lucas, como los primeros cristianos recibieron la fuerza del Espíritu tras la resurrección de Jesús.

Este acontecimiento que presupone el inicio de la nueva asamblea (Iglesia) fue narrado por el evangelista en el capítulo segundo de la obra conocida como Hechos de los Apóstoles. ¿Qué sucede en Pentecostés?. Que del cielo viene una fuerza que, posándose sobre cada uno de ellos les transforma y les hace comprender lo que hasta ese momento no entendían. Tal fuerza es llamada Espíritu Santo (Hch 2,1-4).

Este es el milagroso evento al que conduce el evangelio lucano. Aquellos que han recibido la fuerza del Espíritu no son hijos de este mundo, son hijos de la luz (Lc 16, 8). Los hijos de la luz, tras recibir la fuerza del Espíritu, ya no pueden morir, pues son hijos de Dios (Lc 20, 34-38).

Lucas nos muestra al Jesús de la historia para que se nos revele el Cristo. Pentecostés es el principio de los nuevos cielos y la nueva tierra. Su evangelio es el camino que nos revela la gran verdad y en ella “... *vuestra recompensa será grande , y seréis hijos del Altísimo...*”(Lc 6, 35).

El evangelista retrotrae hasta Pentecostés su experiencia pascual. Allí experimenta que nace la nueva Iglesia. La de los hijos de Dios. Así vivió el milagro y lo transmite a las futuras generaciones. Su evangelio nos conduce, como en las tentaciones del desierto, hasta Jerusalén (Lc 4,1-13). En Jerusalén nos acerca hasta la cruz y ante la muerte confía que el Espíritu nos revela la eterna verdad.

¿Quiénes intuyen esta verdad oculta en el sepulcro de los hijos de este mundo?. Las mujeres. Ellas ante la muerte, ante el sepulcro, escuchan aterrorizadas ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?. (Lc 24, 5). Quien busca a un muerto no es hijo de Dios. El Dios de Lucas “...*No es un Dios de muertos, sino de vivos...*” (Lc 20, 38).

Lucas experimenta como cristiano la vida de Dios. La que no viene de la carne, sino de lo alto. El tiempo va pasando y su Pentecostés se acrisola junto al apóstol Pablo. Relee sus escritos y los depura añadiendo la historia del Jesús niño. ¿Acaso no había dicho Jesús que había que ser tan virginal como un niño para comprender las cosas de Dios? (Lc 9, 46-48).

Lucas renueva su teología y escribe los dos capítulos que aparecen al principio de su evangelio y que conocemos como los de la infancia.

Allí recuerda la palabra, con el anuncio del Bautista y asume lo que él mismo tuvo que ir aprehendiendo, con el silencio de María. Lucas ha experimentado en su propio acontecer que la auténtica escucha a la Palabra de Yahvé hay que sentirla en el interior. Que es allí donde se revelan la verdad, sólo entonces se puede proclamar con la palabra: “*Y vosotros quien decís que soy yo? Pedro le contestó. El Cristo de Dios. Pero les mandó energícamente que no dijeran esto a nadie*” (Lc 9,20-21)

La verdad se proclama y es auténtica, cuando se vive. Mateo será más explícito que Lucas y Marcos y añadirá: “*Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando*

Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 15-17).

Dios habla a sus hijos desde el corazón. El evangelista Juan, que es un poeta del amor y debió conocer a María, tras la muerte de Jesús, mejor que nadie, lo expresará con estas bellas palabras: *“Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalem adoraréis al Padre...Pero llega la hora (y estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoran” (Jn 4, 20-23)*

.Quien está “en amor”, está en Yahvé, y quien está en Yahvé está “en la hora” donde estas cosas se aprehenden. Lucas desea mostrarnos el camino interno donde a él se le revelaron estas verdades. Así, si bien su evangelio comienza y acaba en el Templo, el libro de los Hechos de los Apóstoles, comienza y acaba en el lar, en el hogar.

Esta es la misma interioridad que él, años después, retrotrae hasta una pequeña ciudad llamada Nazaret, para que un ángel “entrando” en María anuncie a los que aún no han vivido su experiencia lo que significa ser hijo de Dios. Lucas es hijo en el Hijo, y esta filiación no proviene de carne ni de la sangre. El evangelista ya lo había anunciado en su evangelio: *“Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte. Pero el les respondió: Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8, 20-21).*

Cuando Lucas retoma sus escritos y añade los dos primeros capítulos de su evangelio, depura su teología hasta cotas inimaginables para quien no ha vivido la verdad. Toda la creación se recapitula en el interior de una mujer. El antiguo paradigma había sido aprehendido en el instante en el que el día sexto Yahvé creó a su hijo. Lucas había retrotraído su genealogía hasta Adán, en cuanto hijo de Dios (3, 38), ahora nos propone su teología a partir, asimismo, del dígito sexto para que como María y con la misma virginidad primigenia reencontremos la filiación que desde siempre se ha encontrado en el fondo del corazón de la humanidad.

“Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel...” (Lc 1,26). ¿Al sexto mes de qué?. Al inicio de su primer capítulo nos ha mostrado la historia de Zacarías y el milagro de la concepción del Bautista. En estos breves versículos, Lucas condensa toda la antigua economía, aquella que ha de enmudecer, como Zacarías, para comprender lo que va a suceder.

La creación es un milagro, como la concepción de Juan el Bautista. La misma realidad acontecida en la noche de los tiempos (el hombre aún no existía), se ha ido revelando a través del Antiguo Testamento. Lucas retoma esta verdad, la hace suya, y la trasciende ¿Cómo? Nuevamente y como sucedió en el mito primigenio, sitúa a su lector en el “instante” en el que todo comienza para la humanidad. El eterno instante en el que creó al ser humano.

“Creó , pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó...Y atardeció y amaneció: día sexto” Gn 1, 27-31). ¿Cuál es la diferencia entre este “instante” y el que nos propone Lucas en su evangelio de la infancia? La diferencia se halla allí donde el ser humano, y tras la Palabra recibida en la antigua economía, escucha nuevamente y de forma virginal, el decir de Dios.

El nuevo paradigma vuelve a renacer en la noche oscura: “*El Espíritu Santo...te cubrirá con su sombra*” (Lc 1, 35). Pero la sombra del Espíritu, del Ruah que aleteaba y sigue aleteando desde los orígenes (Gn 1, 2), es la Luz que necesariamente tenemos que aceptar en nuestro interior para que la verdad se nos revele.

Esta Luz fue la que recibió Lucas tras el encuentro con el resucitado y la que anuncia en la conversión de Pablo (Hch 9, 4). Luz que el evangelista nos ha revelado en su Pentecostés.